

en envenenar todas las cuestiones esparciendo abundante semilla de agitación estéril, de discordia funesta.

Nuestras palabras indican bastante que no hablamos con designios interesados, ni con intento de secundar las miras de ninguna bandería política: el amor á la religión católica, el vivo deseo de que se conserve y prospere entre nosotros, el anhelo de que se restablezcan la paz y la concordia entre los españoles, afianzándose sobre bases sólidas y duraderas, he aquí los motivos que nos han impulsado á dar á luz estos artículos, he aquí el norte que ha guiado nuestra pluma. Si de algo pudiese servir alguna de las indicaciones emitidas, rogamos á los aventajados escritores que se distinguen en nuestra prensa, que procuren desenvolverlas y aclararlas con mayor felicidad de la que á nosotros nos fuera dado; entre tanto los invitamos á que secunden nuestras miras de reconciliación, y que no se avergüencen, viviendo en la patria de Recaredo, de proclamar altamente que la nación española no ha olvidado todavía la sublime escena del Pontificado de San Gregorio, y que desea presenciar otra semejante en el de Gregorio XVI.— *J. B.*

## CATALUÑA.

### CONSIDERACIONES SOBRE LA CONDUCTA QUE DEBEN OBSERVAR LAS CLASES RICAS CON RESPECTO Á LAS POBRES.

En el mundo social como en el físico, todo está ordenado admirablemente por la mano de la Providencia; sólo que, así como en éste reina una absoluta necesidad, por estar compuesto de seres que faltos de razón y por consiguiente de elección, obedecen ciegamente al impulso de

las leyes á que están sometidos; en aquél, estando de por medio el libre albedrío del hombre, se ha dejado al ejercicio de esta facultad una anchurosa esfera, donde pudiese obrar con entero desembarazo, escogiendo el bien ó el mal, la vida ó la muerte. No marchando el mundo á merced del acaso, sino bajo la dirección de aquella mano todopoderosa que se extiende de *uno á otro extremo, y lo dispone todo con suavidad*, claro es que la sociedad ha de estar regida por ciertas leyes, que establecidas por el mismo Criador, sean independientes de la razón y de la voluntad del hombre. Estas leyes pueden ser quebrantadas; pues que Dios imponiéndolas no quiso despojarnos de la libertad, y nos ha dejado lugar para tomar el camino que más nos agradare; pero también se ha reservado el restablecer el equilibrio perdido por la infracción de la ley, castigando severamente al culpable, ora fuese el individuo, ora una clase, ora la sociedad entera.

Así vemos que de la propia suerte que el individuo comienza en esta misma vida á experimentar las funestas consecuencias de su mala conducta, ya echándose á perder su salud, ya mancillándose su honor, ya disipándose su fortuna, ya con los padecimientos del corazón, que vive atormentado de agudos remordimientos y angustiosa pesadumbre; así también la sociedad tan pronto como se aparta del camino que le señalaran la infinita sabiduría y la inagotable bondad del Criador, sufre desde luego la pena merecida; comenzando primero á sentir la inquietud, la desazón, los disturbios pasajeros; hasta que al fin si se empeña en no volver de su extravío, en no tornar al buen sendero, se llena la medida de la indignación del Altísimo, y la terrible copa de la justicia divina se derrama sobre las generaciones culpables como torrentes de encendida lava.

Entre estas leyes impuestas por el Criador á la sociedad, figura una cierta, clara, evidente, indeclinable, y es la obligación de las clases poderosas de emplear en bien de las necesitadas, los medios de que disponen. Ley inspira-

da por la misma naturaleza, dictada por la razón, enseñada por el cristianismo, purificada, sancionada, elevada á un orden superior por esa religión divina en la que *toda la ley y los profetas penden del amor de Dios sobre todas las cosas, y del amor profesado al prójimo como á nosotros mismos.* Ley formulada en una palabra sublime, que un mundo orgulloso y ciego se desdeña de emplear; en una palabra cuyo alto significado en vano se intenta suplir con los nombres de humanidad y filantropía; en una palabra que abarca lo terreno y lo celeste, que no cabe en los límites de la vida, que se extiende hasta las regiones de la eternidad, que es dulce en rededor de la cuna, consoladora en las angustias del lecho de muerte, que atraviesa como brillante centella la lobreguez de las tumbas, que une á los vivientes con los finados, que enlaza la presente Jerusalén con la Jerusalén de la gloria, que une á las generaciones presentes con las pasadas y las venideras, que intenta dar á todo el linaje humano un solo corazón, una sola alma, sumergiéndole en un piélagos de luz y de amor en el seno del mismo Dios; esta palabra es la *caridad*.

Recórrase la historia, consúltese la experiencia, y se echará de ver, que todas las clases que han alcanzado riqueza, comodidades, honores, influencia y predominio en los negocios de la sociedad, han recibido estas ventajas y prerrogativas, como una especie de compensación de los beneficios á ella dispensados; y tan pronto como olvidaron las causas de su elevación y el objeto á que ésta debía servir, comenzaron á enflaquecerse y al fin perecieron.

Aquí, como en muchos otros puntos del mundo civilizado, el ascendiente y la pujanza del elemento popular han ido abatiendo todas las eminencias, echando sobre todos los rangos sociales un verdadero nivel; por cuyo motivo, consérvanse á duras penas leves vestigios de la antigua aristocracia, como trozos de vieja armadura que más bien sirven de objeto á la curiosidad de un arqueólogo que á los usos del guerrero. Esto no embargante, existe todavía una verdadera aristocracia, que cuenta poco

tiempo de duración y funda las razones de su superioridad en otros títulos que su antecesora. Bien se deja entender que hablamos de la industrial y mercantil, de la aristocracia del oro; cuyos blasones se consideran tanto más ilustres cuanto mayores son los capitales de que dispone, cuyos pergaminos son los billetes de banco; y que en vez de presentar como los antiguos nobles un salón cubierto de armas y otras insignias que recordaran los hechos y hazañas de sus ascendientes como medida de la nobleza de la alcurnia, muestran cual decisivo título de hidalguía, las grandes dimensiones de la caja de hierro donde guardan el numerario.

Por la misma naturaleza de las cosas, y especialmente por la organización de la sociedad actual, la existencia de dicha clase es una verdadera necesidad, un hecho que no fueran parte á destruir los trastornos de cualquiera clase, cuanto menos las vanas declamaciones. Aplicad los principios más injustos, valeos de las teorías más absurdas, ensayad los sistemas más insensatos, nivelad en consecuencia todas las fortunas repartiendo entre los pobres los bienes de los ricos, estableciendo la más completa igualdad; cuando ésta se lograra, que lograrlo no es posible ni por un solo momento, cuando se realizase este delirio criminal, al día siguiente, mejor diremos á pocas horas de la repartición, la igualdad hubiera desaparecido, existiera de nuevo un monstruoso desnivel, la prodigalidad y la codicia, la necesidad y la prudencia, el juego y otros vicios se encargaran de destruir bien presto la insensata igualdad; las riquezas habrían cambiado de manos, algunos de los antiguos ricos quedarán tal vez pobres para siempre, así como otros alcanzarán quizás en poco tiempo el restablecimiento de su primera fortuna; pero hecha abstracción de las personas, la situación de las cosas quedara en realidad la misma; entonces como ahora, habría pobres y ricos.

Resulta de estas observaciones, que no se ha de buscar el remedio de los males de la sociedad en descabelladas

doctrinas que atacándola en sus fundamentos tienden á destruirla y hacerla imposible. Sean cuales fueren las teorías con que las diferentes escuelas pretendan explicar el derecho de propiedad, y dejando aparte las modificaciones que en su aplicación hayan sufrido ó puedan sufrir; lo cierto es que este derecho existe, que es inviolable, sagrado, reconocido en todos tiempos y países, fundado en la ley natural, sancionado por la divina, consignado en todas las humanas, y reclamado por los más caros intereses del individuo y de la sociedad. Así es que en tratándose de mudanzas, de reformas, de innovaciones de cualquier clase, es importante y muy necesario el tener siempre los ojos fijos en este precioso derecho, no atacarle nunca, guardarse hasta de herirle en lo más mínimo; que una vez pisado el delicado linde, se encuentra una pendiente rapidísima en la que es muy difícil sostenerse.

Pero la misma importancia del derecho de propiedad, es decir la misma altura del trono en que se encumbra la justicia, hace más patente la necesidad de que al lado de esa diosa inflexible, tome su asiento otra más dulce, más amable, más benéfica, la *caridad*. Dios no ha criado el humano linaje, no ha cubierto esa tierra que habitamos de tantos objetos indispensables á nuestra conservación, y útiles á nuestras comodidades y regalos, para que un reducido número se aproveche de estas ventajas, sin ni aun pensar en el socorro de los infortunados á quienes adversa suerte colocara en posición diferente. Los que poseen tienen un derecho de justicia á conservar su propiedad, pero también pesa sobre ellos la rigurosa obligación de cumplir aquellos deberes que les impone el amor de sus semejantes.

La religión cristiana se ha adelantado de muchos siglos á la filosofía en la proclamación de la fraternidad universal; y al paso que se declaró siempre, y se declara todavía, y se declarará hasta la consumación de los siglos, contra todo atentado en que se violen los santos derechos de la justicia, así también inculca incesantemente la obli-

gación en que están los ricos de hacer participantes de sus bienes á los pobres, por medio de la caridad. Al infeliz y necesitado le dice: «Sufre con paciencia;» al rico le dice: «Da con largueza;» si éste se niega, la religión no irrita á aquél, no le excita á la usurpación y á la venganza; pero volviéndose al hombre de entrañas duras, le recuerda que su Señor y su Juez está en los cielos. que hay un Dios vengador que escucha hasta los *deseos de los pobres*, que el clamor del desnudo, del hambriento, del enfermo que padece y expira en el desamparo y la miseria, sube hasta las gradas del trono del Altísimo; y que el Altísimo presta atento y bondadoso oído á los lamentos del infortunio, y se reserva castigar en la otra vida los corazones desapiadados; si es que ya en esta no hace sentir los efectos de su terrible cólera permitiendo espantosas catástrofes.

La rivalidad entre las clases pobres y las ricas, no es un hecho peculiar de nuestra época, sino general á todos los tiempos y países; sólo que en la actualidad la discordia es más ruidosa, á causa de la mayor libertad que se disfruta para levantar el grito, exponiendo cada cual las sinrazones é injusticias que en realidad sufre ó se imagina sufrir. Media además otra causa nacida de los mismos principios difundidos en la presente época, en los que se inculca continuamente la igualdad, no consintiéndose que asome siquiera nada que pueda presentar alguna semejanza con las antiguas clases. Es de aquí, que los pobres no ven en los ricos, ni títulos de nacimiento, ni prerrogativas originadas de privilegios, ni un tenor de vida que ofrezca la idea de un apartamiento premeditado que impida la mezcla de lo noble con lo plebeyo. El pobre no descubre entre él y el rico otra diferencia que la del oro; extendiendo su vista por los distintos órdenes que forman la jerarquía social, salta á sus ojos que las gradaciones que en ella existen dependen únicamente del oro; y está seguro, que si mañana un golpe de próspera fortuna le proporcionase en abundancia ese precioso metal, pasaría de repente, sin

preparación, sin títulos de ninguna especie, de la clase más inferior á la más encumbrada. Esto engendra por necesidad en el ánimo de las clases menesterosas un deseo ardiente de mejorar de fortuna, cierta envidia hacia las acomodadas; y faltando los motivos que en otro tiempo inspiraban respeto y veneración, se originan fácilmente el desprecio, el rencor y el odio.

Cuando las clases superiores se hallan sostenidas en su respectiva posición por el ascendiente de las ideas de una época, por la organización social, ó por el sistema político, pueden por algún tiempo descuidar sus deberes con respecto á los inferiores, sin verse amenazadas de inmediata ruina. El reparo que las cubre suple, por espacio más ó menos dilatado, el vacío que deja su negligencia; pero no mediando estas circunstancias, cuando las clases se hallan unas en presencia de otras sin mediador, sin valla que las separe, sin más vínculo que el formado por los respectivos intereses, es indispensable que procuren estrechar estos lazos, combinando y aliando sus intereses, y promoviendo el espíritu de fraternidad á fuerza de beneficios.

Claro es que este impulso debe partir principalmente de las ricas, puesto que ellas tienen á la mano los medios de darle; cuando las otras, faltas de recursos, y atareadas en procurarse el sustento de cada día, no tienen lugar comunemente de pensar en proyectos de mejora, y mucho menos el poder de ejecutarlos. Fuera de desear que los hombres inteligentes y honrados que abriga esta capital se ocupasen detenidamente en examinar la verdadera situación de las cosas, reflexionando si tal vez no habría varios medios justos y suaves para hacer el bien á las clases pobres, previniendo desavenencias desagradables que dañan así á éstas como á las ricas.

No es poco el interés que en este punto tiene todo gobierno que en algo estime la felicidad, ó cuando menos la tranquilidad pública. Las lamentables escisiones que se han visto en esta capital, hubiéranse podido quizás evitar,

saliendo al paso á las causas que las motivaban; siendo esto tanto más hacedero, cuanto que afortunadamente las clases pobres, si bien sufrían algunas privaciones, inseparable patrimonio de su posición desgraciada, estaban empero muy lejos de encontrarse sumidas en aquella espantosa miseria que aflige á las de otros países, no dejándoles más que dos extremos: ó un estúpido embrutecimiento ó el furor de la desesperación. Hasta ahora la Providencia nos ha librado de esta horrible plaga; y por lo mismo conviene sobremanaera aprovechar el tiempo en que viviéndose con menos escasez y ahogo, se hallarán más dispuestos los ánimos á escuchar los consejos de la prudencia. Un gobierno cuerdo y previsor debiera tomar la iniciativa en este negocio, planteando por sí mismo los establecimientos é instituciones conducentes al deseado fin, y fomentando y protegiendo los proyectos y tentativas que á este saludable objeto se encaminasen. Porque no basta sojuzgar con la fuerza de las armas; es necesario ejercer ascendiente sobre los espíritus, convenciendo el entendimiento, cautivando el corazón, y obligándole á reconocer los beneficios, á fuerza de dispensarlos grandes y en crecido número.

Pero si sería muy lisonjero que nuestros gobernantes fijasen sobre este particular la consideración, dándole toda la importancia que merece, fuéralo todavía mucho más, el ver que las clases interesadas en este asunto se adelantasen al mismo gobierno, comenzando de propio movimiento la obra de su salvación. Cuanto dimana del gobierno, adolece del inconveniente de ser cosa mandada; y por tanto corre inminente riesgo, que su ejecución ande descuidada y floja, si es que no se olvida y abandona del todo. En España el desgobierno se ha hecho ya tan habitual y se ha mostrado tan de bulto á los ojos de los pueblos, que apenas se presentan una ley, un decreto, orden, circular ó un mandato en la forma que se quiera, cuando ya se trata de arrumbarlos ó se excogitan artificios para eludirlos. Las palabras, *reformas, mejoras*, y otras de esta na-

turaliza, han llegado ya á ser miradas como fórmulas de estilo que en los documentos públicos sólo se emplean á manera de expresiones de cortesía y de buen parecer. Es ya tan sabido el curso que entre nosotros siguen los negocios relativos á promover alguna mejora, que ya nadie se deja deslumbrar con vanas palabras y pomposas promesas. Salido el decreto que habla de la mejora, adivinase desde luego que uno de sus artículos ha de ser el nombramiento de una comisión compuesta de *personas ilustradas, juiciosas y amantes del bien público*; que en otro artículo se encarga á las mismas que se dediquen con *actividad y celo* al desempeño de su cometido; que en efecto la comisión se reunirá, que comenzará á recoger noticias, á recibir informaciones, instruyendo el oportuno expediente: que hasta se llegará tal vez á extender una memoria que dé conocimiento al gobierno de las diligencias practicadas; pero sábese con no menos certeza, que al fin se atravesará de por medio alguna dificultad, que por ligera que sea, será obstáculo bastante á volver ilusorios los mejores proyectos, á desbaratar los planes más bien concertados, á inutilizar trabajos que quizás costaran largo estudio, dilatada observación y penosas fatigas.

Por esta causa fuera de desear que la clase rica de Cataluña, y especialmente la de Barcelona, no esperase nada de nadie, y acometiese por sí misma la generosa empresa de adoptar aquellas medidas que su deber le dicta y su situación le aconseja. Que no olvide la verdad que otro día le dijimos, y que todavía le repetiremos más de una vez: su deber y su interés le prescriben de consuno la conducta que con respecto á los pobres debe observar: *hacerlos buenos y hacerles bien*. Hacerlos buenos, procurando arraigar en las clases menesterosas la moralidad; y cuando de esta hablamos, entendemos una moralidad sólida, duradera, fundada en los principios religiosos. Hacerles bien, manifestando en su favor un espíritu de desprendimiento, haciendo, cuando la oportunidad se ofrezca, los sacrificios que la caridad reclama y que la naturaleza mis-

ma nos inspira con la compasión excitada en nuestros pechos á la sola vista del infortunio. Ved que el pobre al pensar en vosotros recuerde el socorro que le dispensasteis en la enfermedad, los auxilios que le proporcionasteis para la educación y colocación de sus hijos, que palpe el interés que os tomáis por el trabajador imposibilitado, por el huérfano desvalido, por el anciano á quien se quebrantan las fuerzas, y tarde ó temprano recogeréis el fruto. En el mundo hay ingratos, pero la ingratitud no es la ley de la humanidad. — *J. B.*

## UN CRISTIANISMO EXTRAÑO.

Hay en Europa una escuela absurda en sus principios, errónea en sus doctrinas, falaz y seductora en sus apariencias, que se ha propuesto combatir el cristianismo á fuerza de apologías filosóficas, destruirle con incesantes reformas, y disiparle y anonadarle con radicales transformaciones. Habladle de Jesucristo, bienhechor de la humanidad, regenerador de las sociedades, destructor de los antiguos errores, defensor de la dignidad humana, y fundador de un nuevo orden de doctrinas y hechos que han cambiado y mejorado de una manera asombrosa la faz del mundo; y la peregrina escuela os oirá con muestras de adhesión y hasta de respeto, quizás llegará al punto de participar de vuestro entusiasmo, y repetirá las elocuentes palabras que ofreció en homenaje al Hombre Dios el filósofo de Ginebra. Habladle de los beneficios dispensados á la humanidad por el cristianismo, y convendrá en que son indecibles, inmensos; que la gratitud con que le corresponden numerosas generaciones hace ya largos siglos, es un tributo de justicia que no podían negarle: hasta si queréis se os permitirá hablar con elogio de la Iglesia católica, re-